



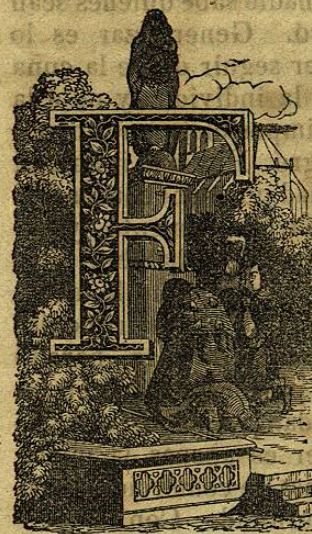
Lno. de M. Murguia y Ca

H. Iriarte lito.

LA COSTURERA.



LA COSTURERA.



RANCIA que ha sabido crear nombres, nos ha dado el de la *griseta*: es originaria de Paris: económica, trabajadora, bulliciosa, original y algo alegre de corazón, parece que cuantas descripciones pudieran hacerse de ella se encuentran compendiadas en la preciosa y tan conocida *Alegría de Sué*: porque ¡oh tendencia mugeril á imitarlo todo! desde que el autor de los *Misterios* pintó á la novia de German, todas las *grisetas* que conocian al tipo quisieron parecersele, y todas dieron en ser *Alegrías*. Madrid tambien tiene su *griseta*, porque la literatura española para adornar su novela ha tenido

que robar sus formas y galas á literatura francesa, y ha cometido el galicismo de llamar á las operarias de sus talleres, *grisetas*. En este siglo de injusticias y tropelías han osado los madrileños quitar á sus *doncellas de labor* el título de tales, y á fé que no tienen razon.

En México solo la aristocracia de cierto tono la llama *griseta*: nosotros, mexicanos de los piés á la cabeza y mas que todo, furiosos puristas en el lenguaje, no desdenamos llamarla costurera; como tal la pintaremos. La *costurera* es sin duda habitante de este mundo *sub-solar* y como todo bicho viviente tiene su pasado, presente y futuro. Así para examinarla revisemos metódicamente sus tres tiempos, ó como diria un colegial imberbe, conjuguémosla.

SU PASADO.

La costurera no solo tiene tiempos, y algo azarosos por cierto, sino que disfruta modos, aunque muchas veces no son de bien vivir, y estos modos comienzan desde su nacimiento. La pobre costurera fué hija ó de un capitan retirado, ó de un maestro de escuela gratuita, ó de cualquiera, que eso no importa: muchas veces no se halla su origen, su etimología, su raiz; en fin, para decirlo de una vez, es una especie de ser anónimo que no conoce sus padres, que nadie sabe quienes sean estos, ni el cura de la parroquia que la bautizó. Generalizar es lo único que conviene con nuestro tipo: pretender seguir desde la cuna hasta la tumba, á nuestra costurera, viendo á la individua y no á la especie, con los mas minuciosos detalles, es tan imposible, como encontrar el nido que dejó la golondrina cuando emigró. Hay una infinidad de chicas salidas de todas las clases de la sociedad que condenadas á la miseria, buscan con el trabajo de sus manos un triste alimento, y hallan á fuerza de sudores un miserable refugio contra el hambre y la infamia. Este es el principio de esas obreras que sustentan la moda, para el mayor provecho del prójimo. Sin padres no hay patrimonio: evidente paradoja realizada en nuestra chica. Cuando mas, heredó una linda cara, algunas veces, y otras una cara pasadera; pero con un capital tan perecedero pocas esperanzas le quedan de hacer una regular fortuna: sobre todo, la cara en una muger es apenas la muestra, el aparador mas ó menos adornado de su casa de comercio: la mas leve ofensa del tiempo lo deja para siempre deteriorado. Con tan corta herencia, sin embargo, ella espera hacer mucho, ¡oh! ¡sin ilusiones qué seria la vida? ¡Son tantas las de una muger bonita! Pero está niña aun para saber esplotar esta clase de minas: hoy son otras sus miras: piensa y desea lo que abarca tan solo el tímido corazon de una niña. En efecto, cursó la *amiga* y, lo que es peor, cursó con las ami-

gas, las que en vez de endulzar sus primeros años, se los llenaron de hiel ó rejalgar, dándole ciertas reglas algo picarunas, y llenándole de envidias, de celos y de chismes. Aprende á leer de *corrido*, sabe de *cuerito á cuerito* el catecismo de Ripalda, y á lo que mas la dedicaron, y á lo que por un sábio instinto ella se dedicó tambien fué á la costura, en la que salió perfecta. Sigue creciendo, y al par de ella crecen sus privaciones y sus necesidades. Pronto la conduce la mamá, la tia ó la madrina á un obrador de modas de la calle de Plateros ó Zuleta. Otras veces una recomendacion la lleva, no á un obrador público, sino á una casa mas ó menos bien establecida, á donde siempre ha de tener un purgatorio. Pero véamos á la costurera de cajon que dá los rasgos mas salientes al tipo. Sentada allí detrás de los cristales, rodeada de compañeras malignas que arrastrándola con las miradas la censuran en voz baja y altas risas, comienza allí esa penosa escuela á la que al fin tiene que resignarse si quiere estar contenta y creerse feliz. Rodeada de esos objetos de lujo que hinchán de deseos el corazon de las hijas de Eva, muy pronto comienza á envidiarlos. No porque crea poder llegar alguna vez á esa altura, sino porque aprende á conocer que un adorno hace regular á la fea y á la bonita la hace aparecer linda: sabe que la cara es para la muger un padron mas ó menos engañoso y alucinador de su vanidad, que la figura es un frontispicio sin el cual nada vale la finca, y por consiguiente, es indispensable pintarlo y retocarlo. Pretension mugeril no muy condenable sin duda, si se atiende á que la estampa de una hembra y sus cualidades corpóreas son sus bienes raices, y para el avalúo de esta clase de fincas no hay peritos examinados y el gusto es la única regla.

Esta, que parecerá cansada digresion, venia como de molde por ser la parte moral de la costurera en cuanto á que es muger. ¿Cómo, pues, no habia de participar de las cualidades de su sexo? Como costurera, fácil es comprender que está mas espuesta á la tentacion por aquello de que el que anda entre la miel algo se le pega. ¿A dónde encontrar esa heroica muger que á la vista de un elegante traje, de un hermoso sombrero y de una riquísima manteleta, no sienta un deseo vivo y punsante de poseer esos adornos? Si Diógenes hubiera intentado encontrar esa muger prodigio, y hubiera tenido un sol en vez de su linterna, perderia su tiempo y nada hallaria. ¡Y la pobre costurera pudiera escapar de tan activo contagio! Pronto llega á envidiar esas galas y perfumes, envidia que tiene por síntoma primero, ese esmero en peinarse bien y arreglar su humilde vestido. La tentacion es fuerte, y nutrida por la vista continúa de un elegante que, rondando el cajon, la asedia á señas: llega á conocer que su vestido de indiana bien pudiera ser de muselina y esta idea comienza á desvelarla. Ambiciona lo que no puede alcanzar sin ayuda, y como el hombre sirve de ayuda á la muger, raciocina nuestra costurera que si hubiera un hombre que la amara

le llenaria sus deseos. . . . y ese hombre lo tiene casi á su alcance. Recibe una cartita, ó un mensaje verbal, ó tiene una entrevista con el bello Luzbel de sus tentaciones, y piensa en escala ascendente, y arastrada por las dulces palabras que oyó, se imagina que la muselina puede trocarse aun en gró ó terciopelo. Cae en el lazo y pasa por todos los contratiempos que traen esas relaciones, pero que no mencionaremos aquí porque pertenecen mas al presente. Siendo, en efecto, el amor un atributo eterno de la costurera, su segunda ocupacion, despues de la aguja, siempre será oportuno dar su crónica amorosa.

¿Pero cómo explicar que su indiana se haya quedado. . . . indiana? Es su primera ilusion perdida, su primer desengaño el *B A ba* de su silabario. Pero sigue en su obrador y allí la conocimos hace poco.

compañeras muchas que atravesando con los brazos la cintura en voz baja y á las veces, comienza allí sus pocas escenas. En su tiene que resignarse. No tiene de esos objetos de lujo que muchos de ellos. No tiene de esas cosas que comienzan á existir.

SU PRESENTE.

Margarita se llama nuestra heroína: Lucero la nombraron sus compañeras cuando la vieron tan linda y tan humilde, perdido ya el odio primero. Son las siete de la mañana y vedla allí: ligera como una saltapared, y zalerosa y retrechera como una andaluza, tuerce en este momento la esquina de la calle del Espíritu Santo, llevando detrás de sí una descarga de requiebros, no muy pulcros algunas veces, de infinidad de doradores, de tapiceros, pintores é impresores. Pero ella sigue serena sin cuidarse de nada: mas modesta que una gatita, á cada flor que le arrojan se espeluzna, bufa, se retuerce como una culebrita para evitar el cariño que se atreve á hacerle un sastre, se echa el paño en la cara y sigue su camino con mas intrepidez que en la retirada de los diez mil, el héroe de las Termópilas. Pero si se cruza en su camino un dandy, ó un estudiante de medicina, el corazón de Margarita tiembla de nuevo y se sonrié de satisfaccion y de placer, aunque disimule esa sonrisa llevando á otro lado su gracioso rostro, ó conteniéndola hasta que se ha alejado el galan, ó tapando su roja y maliciosa boquita. Al fin salva este tropiezo; vuela la cabeza atrás para ver si la siguen, y si es así ya tiene en qué ocupar su imaginacion: solo como un recuerdo mira á la Profesa, y al ver que no está allí la talma ó monte-cristo que fué su primera seducción, y de donde debia salir el vestido de terciopelo y las comodidades, ó el descanso al menos, suspira mas bien por el afecto perdido que por la desgracia hallada, pues no la conoce, á causa sin duda del triste estado en que se encuentra su parte moral, pues no ha recibido educación religiosa de ningun género, salvo la rutina de la *amiga*, é ignora esos principios de virtud que sostienen á la muger en sus peligros y la hacen pasar por ellos sana y salva. Olvida todo, porque todo pasa: entra á su mostrador y despues de dar

los buenos dias á la señora, á *Madama*, se coloca en su banquillo y comienza su obra. Reunidas ya las compañeras abren su sesion ha despacho de *Madama*, que cada media hora les impone silencio. Entonces son los proyectos de paseo, las murmuraciones, los comentarios escandalosos, y los mútuos consejos. O bien se cruzan señas telegráficas cuando se pára en la vidriera del mostrador algun aficionado á aquellos lindos retazos, ó bien se corre la palabra en voz baja de que aquel elegante que está comprando corbatas trae roto el pantalon bajo el faldon del frac, con cuya *quiebra* ha quedado en *descubierto* un cútis nada terso y poco blanco. No falta una de aquellas chicas que advierta que ese estudiante que está escogiendo camisas es porque ya lo necesitaba mucho, como lo deja entrever una traidora descosadura que trae la manga del saco bajo la *axila* (tecnisismo médico). Todo lo ven todo sufre su minuciosa censura, á todo ponen el sello del ridículo. ¿Y en tanto nuestra heroína? hace lo que todas, corta géneros y *corta* á los transeuntes, cose y murmura, habla y rié. En tan dulce ocupacion la sorprende la *una* del dia, esa hora en que hace su primer salida para ir á comer. Es la única hora en que tiene muy pocos tropiezos, y es raro, porque no hay policía capaz de empedrar las calles de México de tal manera que no *tropieze* la costurera: dependerá esto de los piés, ó de la mala cabeza, ó de los malos pisos, nosotros no lo sabemos; pero ello así sucede. Llega á su casa con las megillas rojas. . . . por el sol: arroja con desenfado su rebozo ó paño sobre la cama, alza las mangas de su bata, y ayuda á la anciana madre ó á la madrina á disponer la parca y no muy bienazonada comida. Come con prisa, de municion como si dijéramos, y se lanza de nuevo á la calle porque ya van á dar las dos, bora fija de entrada al taller. En este doble tránsito no le faltan encuentros. En la esquina de su casa saludó de prisa al impresor ó sastre con quien va á casarse, y seis cuabras mas allá dijo cuatro palabras importantes al estudiante de medicina ó de derecho (es raro que sea á este último), personaje con quien *tiene* que ir á un paseo á Santa-Anita el próximo domingo.

A propósito (y con permiso de Grandeville) hay una leyenda que dice entre otras lindezas que cuando el Angel arrojó allá *in initio* á Adan y Eva del paraiso, la serpiente en desquite desterró la fidelidad de la tierra. Perdónenme la alusion las señoras hembras, y adelante.

Decíamos que tiene encuentros la costurera; pero por no parecer mordaces diremos en honor de la verdad que no hay peligro en ellos: todo se reduce á juntas preparatorias. No así en la tarde. Al dar el reloj mas vecino las seis todas se levantan como tocadas por un resorte: alzan el canasto, tiras de lienzo, listones y encajes, y hecho esto que ellas llaman arreglo, salen todas, Lucero entre ellas y con ellas, pues la mamá es muy condescendente y la deja marchar sola. ¡Es tan buena su hija! Y en efecto, va sola; siempre, se entiende, que no la en-

cuentre aquel cierto chico, muchacho de excesiva confianza en la casa, que la conduce á ella.

La noche es para el descanso, menos para la costurera. Si no reune á sus amigas con quienes ensaya *polka mazurca* y *scotish* con cuatro ó cinco jóvenes no menos troneras que ellas; si no pasa su prima noche en tertulia, arregla su ropa del *diario* ó previene y dispone la que le servirá para el próximo paseo que será en canoa á Santa-Anita, al teatro de Oriente ó de Nuevo-México el domingo en la tarde, ó á una *rifa de compadres*, ó al desposorio de alguna compañera, que también las costureras se casan. Esta es la vida que lleva Lucero; pero consagrada todavía al recuerdo del amor perdido ó al calor del afecto nuevo, fermentan aun en su corazón pasiones que la agitan, que la matarían si esa pobre joven, grande en su impotencia, no lanzara lejos de sí, como una carga pesada y dolorosa, memorias, celos y ambiciones: prescindiendo de tan efímeras nubes pasa así por la existencia, contenta, risueña y dichosa. Llevada en el torbellino de sus aspiraciones y devaneos es la verdadera reina del capricho: esa muger anciana y enferma que está á su lado, nada importa á sus proyectos sea ó no su madre. La costurera la arrastrá en sus giros ó la deja atrás, como hace con una hoja seca la brisa de la tarde. Zozobrando así en su degradacion y su miseria, conserva esa belleza de corazón, esa filantropía de afectos y esa exaltacion de cariño que distingue á las hijas de México. Porque eso sí, la costurera es mexicana neta, nacida en un barrio de la capital ó traída á ésta desde muy pequeña. Por eso posee eso de *¡si se lo dije á vd! que ¡válgame Dios!* Si la costurera ve enferma á la madre, ó al hombre con quien vive en santa union, se sacrifica, se desvela, se afana, lleva sus vestidos mejores al *empeño*, lo hace todo, en fin, por salvar á los seres de su corazón. . . . pero uno de sus paseos la consuela de las amarguras pasadas.

Hay una variedad de costurera, que podíamos llamar *doméstica, privada ó ambulante*. Esta no cose en taller, y de aquí los dos primeros epítetos. Es tímida, encogida, semi-devota, encerrada en su casa, como la tortuga en su concha, regañona, aduladora. . . . buena individua en la estension de la palabra. Virtuosa *casi*, por este título adquiere el de *ambulante*, á causa de lo poco estable que es en una casa; y esto tiene por origen que su virtud se *eriza y espeluzna* con motivo de ciertas licencias que á veces se toman algunos amos, y los niños de la casa.

Hoy es lunes y al concluir su trabajo, con la miserable soldada atada en una esquina del pañuelo, se dirige á su casa pensando en los pasados placeres del pasado domingo. Envuelta en tan risueñas ideas, ondulan á la par de sus deseos los anchos y airosos olanes de su bata color de rosa: entre las dos curvas de su rebozo de seda azul tornasol, sale el óvalo de su rostro acabado y correcto. Llega á una esquina

y al brincar un charco deja ver dos bellezas: un pié perfectamente calzado en un botín de paño verde, y la mano con que alza su vestido, mano blanca, chica, torneada, luciendo en ella tres anillos de ágata, y en el dedo medio un dedal de plata, ese distintivo de su profesion. Mas allá del taller la espera su *chavalito* (voz técnica) y se toma de su brazo para correr con él tras de

SU PORVENIR.

Pocos habrá mas dudosos. Si fuéramos *obis* ó *gitanos, pitonisas* ú *oráculos* no estaríamos tan inciertos sobre este tiempo de la conjugacion de la *costurera*. Llenariamos con su horóscopo, muchos pedazos de papel y Dios con todos. Pero por desgracia no tenemos aquí á á nuestro lado á esa linda Lucero, gracias á San Antonio, abogado contra las tentaciones: ha tenerla aquí veríamos las líneas de su mano y los pliegues de su frente, ó estudiaríamos su cara con Lavater y su cráneo con Gall.

No hay duda: dos cosas tenemos que buscar en ella: el futuro de la muger, y el futuro de la *costurera*. En cuanto á lo primero, fuerza es que confesemos nuestra ignorancia: es un problema tan difícil de resolver, como formar el análisis exacto del corazón femenino. El porvenir de una muger tiene mil puntos adonde fijarse; pero siempre es reducido, siempre gira en un círculo bien reducido. Recopilemos:

La muger tiene un solo capital de que disponer, el amor; por eso el único giro que sabe darle es la usura.

Su buena ó mala posicion social ella se la conquista: por eso para obtenerla regular, coquetería, artificios y engaños todo lo pone en uso: la mentira es la vara de medir con que espande su belleza y su cualidad á los candidatos para maridos. Si despues son desgraciados ¿qué le importa?

Y la muger no es culpable al usar de semejantes supercherías: no es por maldad, es por instinto. ¿Quién ha llamado criminal á un perro porque sabe seguir una pista?

Si la muger atina, *con su pan se lo coma*.

La muger es adaptable á todas las posiciones: con tanto tino dispone un *puchero*, si es empleado su marido, como sabe tirar un caudal si es muger de un capitalista.

La muger es planta que fácilmente se aclimata: lo mismo vive entre drogas y ungüentos si se hace farmacéutica, que entre aromas y perfumes si se casa con un peluquero. Lo mismo vive en Cuernavaca ó Veracruz, que en Monterey ó Tampico. Todo es adaptable á la muger.

¿Y la costurera? Coserá toda su vida, si no sabe esplotar el amor, si no encuentra un hermano compasivo que la quite de penas: ¿quién sabe lo que será de ella? Tenemos que reducirnos á conjeturas.

O casada con un artesano, pasa su vida honrada y modestamente y morirá en la miseria. O no casada, seguirá una senda de infelicidad y.... ¿quién sabe? podrá tener algun dia carruage y lacayos! ¿Cuál será ese porvenir de Lucero?

Habrá costureras que se aparten de esta senda de devaneos, vivan virtuosas y mueran felices al lado de un hombre que las quiera.

Esta es la escepcion: nosotros hemos pintado el tipo de la *costurera*.—(§).

